

Jornalero

Es axiomático que cuanto mejor es la tierra más se encuentre repartida. La tierra mala "pal demonio". Por esto los campos se ven vacíos; son tierra de nadie. Las tierras buenas, por el contrario, son harto codiciadas y, en consecuencia, muy troceadas.

No extrañe, pues que en la Huerta murciana se dé más el minifundio que el latifundio en una proporción que en ciertas pedanías llega a ser preocupante. Ocurre con la tierra buena como con la hija casadera de ojos cristalinos y bolletes de membrillo, que los pretendientes la cortejan con terquedad y se rifan todos su mano, mientras rehuyen a la hermana encorvillada y de piernas peludas.

Y como por aquí, por Murcia, aún se siente la gente muy apegada al terruño y es por decisión propia muy prolífica, quizá por aquello del mucho calor que amodorra y obliga a echar la siesta de pelillo, pues son muchos los hijos del sestero, que, aunque se argumente que vienen al mundo con un pan debajo el brazo, lo que en principio se observa es que llegan con una boca grande y desdentada pero que lima más que el Segura.

Cuando los hijos emigran no hay problema. Lo hay cuando los hijos deciden quedarse y levantar casa junto a la del padre, que es lo más frecuente, dado el alto grado de sociedad patriarcal que caracteriza a la Huerta.

Suponed a un cabeza de familia que allá por el año quince heredara de su padre veintisiete tahullas. Era, sin duda, un hombre rico, un pudiente, un huertano con amplia renta y holgado de posibles. Pero si el hombre tuvo la dicha de ver su hogar bendecido con una prole no demasiado numerosa para los tiempos, pongamos cinco cabezas, a la que hizo donación equitativa de sus tierras, es obvio que los herederos habrían de comenzar a apretarse el cinturón y resignarse a reprimir algunos innecesarios. Aún así vivirían, porque la tierra no es tópico afirmar que se desborda en generosidad.

Pero pensad en los hijos de éstos, en los nietos de aquél, el huertano que llevaba veintisiete tahullas. Algunos de ellos no trabajarán hoy más que una tahulla. Los habrá con más o con menos, y no son lucubraciones, de escritor, sino realidades de cada día.

¿Os imagináis el gran equilibrio de estas familias que cuentan para alimentar, vestir y calentar el hogar con un "roalico" de tierra de poco más de mil metros cuadrados, de los cuales han de dedicar unos doscientos a casa, corral y pajera? Habrá quien se pregunte: ¿Y lo consigue? Lo que no consiga un huertano con su tierra no lo consigue nadie. Serán muchos los equilibrios y ejercicios de contorsionista, será mucho el trabajar y poco el presumir, pero la familia saldrá a flote, y si la desgracia no se ceba en él, el hombre hará que no falte a los suyos, cada mañana, un buen tazón de leche migada con pan negro o blanco, de trigo o de centeno, pero pan al fin y al cabo.

Aquella regular extensión de la casa grande del abuelo estará ahora repartida en pequeños "roalicos"; aquí y allá se verán casas en torno a la casa grande, y habitaciones adosadas a las casas que se adosaron a la casa grande. El parral primigenio y la tená se

habrán convertido en una calle. Y la finca ya no merecerá el nombre de tal. Ahora será una cuadrícula, una sandía troceada.

El huertano murciano hace imposibles con el pequeño pañuelo moquero de su tierra; lo que no puede es hacer milagros. Al estarle vedada la milagrería no le queda más remedio que atender su propia tierra en los ratos libres y quitarse la vida lentamente, sin horas para el descanso, ofreciendo lo mejor de su esfuerzo en la finca ajena. No tiene el huertano proletario más opción que trabajar para otro que aún sigue manteniendo la gran finca; antes que pedir o morir de hambre, se hará jornalero. Los huertanos con poca o sin ninguna tierra son los jornaleros, los que trabajan a jornal. Los mozárabes sin harén.

Dice "El Señorito" que si puede ir mañana el Segismundo.

—¿A qué hacen?

—Arrecoger patatas, las mujeres; romper caballones, los hombres.

—¿Puedo ir yo también?

—A lo mejor sí.

—¿Y a cómo paga?

—Según tengo oídas, veinte duros a las mujeres, cuarenta a los hombres.

—¿Y se quedará tan fresco?

—Supongo.

—Pos en la finca del Ginés pagan veinticinco a las mujeres y cuarenta y dos a los hombres.

—A mí es lo que me han dicho.

—¿Pone él la comida?

—La comida, no; sólo el almuerzo.

—Bueno, yo se lo diré al Segismundo, pero no te aseguro que vaya. Ya está bien de hacer el primo.

—Una se limita, que una no manda.

—Ya lo sé, mujer, que no va por tí, es que el bueno de tu amo es un tacaño.

—De marca —dijo la sirvienta del amo antes de marcharse.

El amo es un tacaño, como casi todos los amos. Eso piensan los jornaleros. Y no pocas veces aciertan. Hay quien para tener buena gente, de la que trabaja con coraje, paga con esplendidez. Otros no; otros aprovechan la escasez de trabajo para recortar el jornal.

Cuando el marido vuelva de segar la alfalfa, o de traer la harina del molino, o de comprar la sera de virutas para echarle cama a los marranos, la mujer le pasará la razón. Posiblemente el marido dirá que es en efecto un tacaño; y si no lo dice, la mujer se lo sugerirá, y entre ambos habrá un buen rato de palique hasta decidir si van o no. El marido no querrá que ella vaya, que bien sabe Dios que si permite a la mujer trabajar en casa es porque otra salida no cabe; pero que vaya fuera, mientras sea posible, no, que eso ya sería mostrar las penurias a ojos vista. Si la economía achucha, al final probablemente irá él e irá ella, y los críos quedaran confiados a la hija mayor o a alguna vecina, y también la llave, por si llega el de la luz a mirar el contador.

Antes que claree el sol, con los primeros desperezos de los gallos, la Huerta comienza a poblarse. Primero se encienden las luces de las cuadras, donde los huertanos echan el pienso a los animales antes de ocuparse de la tierra; después, las de las puertas de las casas. Los que más madrugan son los jornaleros, que han de atender debidamente a los animales antes de irse al trabajo. Luego se les ve ir y venir por los carriles, a las cinco o las seis de la mañana, a pie, llevando en la mano la capaza con la comida tapada con una servilleta; o en bici, con la capaza entre la barra del manillar y la varilla del freno y el capazo con el legón y la corvina en el portaequipajes. (A la vuelta, una vez acabada la faena, segarán hierba para los conejos y las gallinas: el capazo volverá lleno.) Otros simplemente llevan los aperos porque tienen la mano hecha al grosor de la madera y se hallan mejor con los propios que con los ajenos.

Ya en la finca del "Señorito"... (Son muchos los señoritos en la Huerta; pero nunca falta uno que rechaza el apellidaje. Mentar el señorito tal sería ofenderle, porque señoritos tal son muchos; pero señorito, "el Señorito", sólo uno, y sobran referencias para identificarle) ... Ya en la finca de "el Señorito", digo, se saludan unos a otros, los jornaleros se conocen, y no riñen porque unos trabajen más y otros menos, que eso es cuestión de conciencia y de suerte. ¿De suerte? Sí. Cerca andará quien mantenga que "el trabajar es salud". Aunque también quien replique "que él prefiere la tuberculosis". De hecho, encontrar trabajo sólo es una lotería para los holgazanes; porque los que dan el callo en firme suelen ser buscados. Los amos saben quién sí y quién no; y saben, igualmente, que no conviene dejarles juntos para que hablen y se hagan fuertes y reclamen más alto jornal. El amo los recibe en la tená para decir, uno a uno, lo que ofrece. Habrá quien llegará decidido a no trabajar si no es por tanto; pero luego igual lo piensa mejor y se queda, que nunca se sabe.

En la finca del Señorito cada cual comienza a trabajar a medida que llega, con la fresca, antes que el sol se ponga plomizo. Los hombres van abriendo los caballones con el legón, dejan descubiertas las patatas; y las mujeres, tras ellos, sacuden las matas y hacen montones con los tubérculos; luego los meten en sacos dejándolos para que los lleven los hombres a la sala.

De cuando en cuando, aprovechando que no está presente "el Señorito", uno de ellos bromea, cuenta un chiste o canta fuerte para que le oigan en la casa:

A la puerta de un rico avariento
llegó Jesucristo, limosna pidió;
Pero en vez de darle la limosna
los perros que habían se los achuchó...

Al Señorito no le enfada, al contrario, que le digan su apodo de cara, en la cara; pero sabe que corren sobre él habladurías y esto sí que le encangrena. Alguien le ha dicho que le llaman por mal y secreto nombre "el Breve", lo cual le enerva. El mote lo acuñó un jornalero del Rincón de Seca que en mala hora se acordó de contratar, y que mentaba que

el amo era breve en el pagar y breve en poner el almuerzo, que apenas si les daba una orilla de pan y una sardina salá, y esto sí, mucha ensalada para que entretuvieran el hambre sopando.

—¡Vete p'allá, marío! —le grita la mujer al Señorito—que ya están esos de cantos y aluego aluego, no trabajan...

—Sí que es condena tener que estar siempre encima.

"El Señorito" apresura la labor de atar los sacos porque intuye que a sus espaldas estarán ya los hombres murmurando.

—Y breve también en lo otro —había dicho el jornalero del Rincón de Seca.

—¿En lo otro?

—Sí, hombre, sí, en el colgajo; no veis que no tiene hijos... ¡Y con una mujer así!

Desde entonces, en la intimidad de los jornaleros es "el Breve". Aunque no se lo dicen de cara para no enfurecerlo, ya que es notorio su mal pronto.

Los hombres van destripando los caballones como si fueran boquerones, removiendo las entrañas de la tierra con cuidado, metiendo con tiento el filo del legón para no cortar las patatas. Las mujeres, detrás, hacen tres montones, en uno las grandes, en otro las pequeñas, "pa cocérselas a los marranos", ha dicho "el Señorito"; en el restante, las "partías" por el legón " pa echárselas en el amasijo" cuanto antes.

Los jornaleros hacen grandes pausas en sus cantares, como si hubieran olvidado la letra. Luego continúan:

Pero quiso Dios,
que de pronto los perros murieran
Y el rico avariento pobre se quedó.

Entonces se echan a reír. Y entre los hombres y las mujeres intercambian picardías.

— ¡Cuidiao que eres asno, Manolo, que te se han roto los pantalones de tanto reírte y andas enseñando la matrícula.

Los otros ríen jubilosos; llana, humildemente.

El hombre está ciertamente en una posición crítica, con la trasera enhiesta y la cabeza vuelta a tierra, extrayendo tubérculos.

Entonces se mete detrás de los sacos para ponerse una laña, que en la Huerta no se pierden con finuras, se aplican un remiendo con cualquier cosa.

Aunque esté presente "el Señorito" la gente se embroma, trabaja con gran ahínco porque las chirigotas no están reñidas con el trabajo y, además, porque no es posible estar todo el tiempo hociqueando la tierra, dale que te dale; de vez en cuando hay que dejar la hazada o el legón, que la madera muerde en los callos de la carne. Entonces, el

remedio más socorrido es escupirse en ellas y restregarlas entre sí muy fuertemente para que se refresquen.

Mientras los jornaleros trabajan, en la casa del amo se prepara con meticulosidad el almuerzo que forma parte del oficioso contrato laboral. ¿Contrato? Pero... ¡Si los jornaleros son flor de un día, si no les une al amo más que una palabra, si están desamparados de todo y del todo! (O por lo menos lo estaban, porque poco a poco va llegándoles a ellos también la seguridad social y son ya muchos los beneficios que les asisten). Si el jornalero se corta un pie con un legón, el amo le dará los cuarenta duros de su sueldo, y si se siente generoso igual lo lleva en la moto a la Casa de Socorro y le pone en la mano cinco duros de sobresueldo. Pero nada más, que hay una vieja ley que advierte que "las cosas perecen para su dueño". Sí, para su dueño, y el pie del jornalero no es del amo; es del jornalero.

A las once pasadas los hombres dan de mano para echar un vale. (Si en tal momento algún gabacho cegarruto y algo cabronzuelo, de los que viajan para escribir o escriben para viajar, pasa por el lugar, dirá a su vuelta —creyendo acertar— que ésta es tierra de indolentes. Pues bien, no es cuestión de litigar, que también podría uno apresuradamente concluir, tras visitar el Moulin Rouge, que todas las mujeres galas son largas de pierna y cortas de vergüenza. Pero esto no hace al caso.) Los hombres reponen fuerzas tendidos bajo un par de ciarzos rastrojados, bajo un parral, bajo un olivo, bajo una higuera o bajo cualquier sombra, bebiendo vino a gañete de una garrafa provista con cana biselada o de un porrón de trasparente cristal o de un botijo con buena y fresca agua de algibe.

La mujer del amo cortará una buena hogaza de pan de carrasca en amplias rodajas e irá poniendo delante de cada jornalero un plato esportillado con un par de huevos fritos y una molla de bacalao o un cacho de bonito adobado y abundante aceite para que el pan no sepa sólo a feldespató. Y entre sopa y soponcio, bocado y trago, todo lo que saque el ama parecerá poco a los jornaleros que en cinco o seis horas han logrado revolver los forros de la tierra y se aprestan ya a soportar sobre sus espaldas desnudas un sol de rigor.

Luego será el turno de los fumadores, que viene a ser algo así como los clarines y tímboles que anuncian el momento de irse "de seguía" a lidiar la última parte del toro antes que el sol se haga estilete.

—Amos a echar un pito.

Y mientras lían sus cigarros con parsimonia, no faltará quien refiera la historia que siempre cuentan los jornaleros cuando no está el amo. La de aquel que llamaban el tío Empachao, porque apenas sacar su mujer los platos ya estaba diciendo:

Hemos comío
gracias a Dios,
quitemos la mesa
y to sea por Dios.

El que narre tendrá posiblemente ojos vidriosos; lo hará reprimiendo la risa, con sano y sencillo humor campesino, que es humor llano, párvulo humor, humor

verdadero; porque el humor del hombre civilizado es un humor disfrazado de inteligencia, zigzagueante y afectado, mientras que el de éstos es el humor repetido y bisoño de los puros de corazón, de los que no saben nada de nada, ni quieren, ni maldita la falta.

El cuento —tantas veces dicho por uno como si fuera la primera vez y tantas veces oído por los demás como una novedad— se irá acoplando al movimiento de las manos sobre el papel bambú y la correspondiente carga de cuarterón. Después de pasar la lengua por el engomado del papel finiquitará el narrador:

—Hasta que un día llegamos y le dijimos: pos sabe usted:

que ni hemos comío
ni gracias a Dios
ni quitamos la mesa
ni na sea por Dios.

Y ante tan breve, sencillo, torpe y rudo argumento, el que lo cuente echará a reir con grandes carcajadas, entornando los ojos, abriendo la boca cuanto dé de sí, repitiendo una y otra vez el desenlace, arrastrando a los demás a una risa contagiosa, estruendosa y sana. Felices ellos que aún no se han divorciado de la risa. Pobres nosotros, hombres de la ciudad, que no nos reímos por temor a que se nos formen patas de gallo a la altura de los ojos y que, si acaso, sonreímos es tibiamente y por lo fino, como los galanes de cine y los diplomáticos.

La segunda parte de la mañana es más dura; el sol, más inclemente. La fatiga medra los ánimos en llegando el mediodía. Para entonces, si el trabajo está hecho cada uno irá a comer a su casa; si no, el amo ofrecerá unos duros extra y comida para el que quiera quedarse a acabarlo por la tarde. (Porque a mediodía, en la Huerta de Murcia, trabajar no es un mérito, es una locura casi rayana en proeza, un acto heroico).

Los jornaleros que están próximos a su casa preferirán ir a ella y emplear el tiempo libre para hacer sus propias cosas, reclamando más sueldo a cambio de lo que no comen. El mecanismo es sencillo: oferta y demanda; asalariado y patrón.

La vida del jornalero no es tan sencilla. Muchas han de ser sus madrugadas, muchos los golpes que la azada habrá de dar a la tierra, muchos sus desvelos y fatigas para sacar adelante a la prole... Sentir por los jornaleros amistad y afecto cuando se han presenciado sus tribulaciones, es obligado, porque son ellos los que extraen a la tierra sus riquezas; de no ser por su labor, la tierra se abandonaría a la pereza.

Ellos laboran de sol a sol, y aún después, que hay noches que al volver a su casa tras una larga jornada, cenan, cogen la bicicleta y cubren seis o siete kilómetros para ir a poner el tablacho en el "partior" de la acequia Mayor para poder regar. Sí, de noche. ¿Con qué luz? Con la de la luna, si es radiante y llena. Si no, al lado estará la abnegada mujer con un candil o una vela.

Sorolla, viéndoles, bien pudo haber pintado un cuadro con este título: ¿Y aún dicen que la fruta es cara?

Sépanlo esas beatillas enlutadas que cuando al ir a misa de once ven un domingo o fiesta de guardar faenando en su propia tierra a un jornalero, alguien que está dejándose los hígados para que la hija pueda estrenar un vestido de tergal por Semana Santa, o para que el hijo pueda ir a una escuela de pago a hacerse un hombre de provecho, o para que la mujer pueda pagar los atrasos de la tienda... Sépanlo, digo, esas beatillas de tres al cuarto que, en viendo trabajar al pobre, suspiran por bajines y amonestan: " ¡Santo Dios, qué pecador!", y que entre labios, como asqueadas, mencionan con reticencia:

— ¡Hombre, Segismundo, trabajando en fiesta de guardar en vez de ir a ganarte el Cielo!

¿A qué cielo se referirán las beatillas? ¿Al cielo de Dios o al cielo de ellas? ¿Ganarse el Cielo? ¿Acaso no lo tiene ganad) el jornalero? Pero si está escrito con letra divina: "Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los Cielos".